

*Angélica Gorodischer*

Angélica Gorodischer

1. ¿Cómo comenzó a escribir?
¿Cómo se publicó su primer libro?
¿Cómo recuerda usted hoy ese período?

Pero, ¿ustedes qué pretenden? ¿Que les cuente mi vida? Porque si de eso se trata, les aviso desde ya que no solo no tengo ningún inconveniente sino que es probable que ustedes se arrepientan de haber desatado esta catástrofe. Me encanta contar mi vida porque recuerdo todo lo bueno y he olvidado todo lo malo; y porque me satisface comprobar que algo he aprendido y eso contradice la opinión de mi maestra de tercer grado que sostuvo durante largos meses que yo era burra y que jamás iba a aprender nada de nada (posiblemente yo no era burra: era muy tímida, y mi maestra de tercer grado era una bruja). Pero voy a tratar de no meterme en digresiones para no agravar más el panorama, y vamos a la primera pregunta de la encuesta. ¿Cómo empecé a escribir? Agarré lápiz y papel, muuuucho papel y escribí una obra de teatro horrorosa, espantosa y pretenciosa, a la manera de no me acuerdo quién. Por suerte la escondí, ya que me daba vergüenza decir que quería escribir o que había escrito algo (ya van a ver por qué). Creo que después escribí otras dos, de la misma especie que la primera; creo que también las guardé, que me sentí muy descorazonada y que no escribí nada más durante largos años. Años de tormento, porque por un lado yo quería escribir y por otro lado yo no quería escribir. Y además allá en el fondo sabía que algún día lo iba a hacer y mi único miedo era que cuando me decidiera ya fuera demasiado tarde. Así las cosas, a los treinta años o por ahí, empecé a escribir de nuevo diciéndome por supuesto, que era demasiado tarde.

Escribí cuentos, tímidos, complicados, defectuosos por donde se los mirara; cuentos que para colmo se me iban de las manos y no terminaban de decir lo que yo quería decir. Yo quería decir que el mundo era sombrío y que las gentes que lo poblaban eran mezquinas y que nada tenía sentido ni propósito. Pero cuando descubrí, justamente porque ya estaba escribiendo, que estaba completamente equivocada y que todo, mundo, gente, sentido y propósitos, todo era una mezcla espléndida y aterradora de ruindades y magnificencia, los cuentos ya no se me fueron de las manos.

Gané, creo que en 1964, un concurso de cuentos policiales de esos que organizaba *Vea y Lea*; y al año siguiente el concurso del Club del Orden de Santa Fe para todas las provincias del Litoral, con una colección de cuentos. El premio consistía en la publicación del libro, que fue *Cuentos con soldados*. La distribución fue mínima pero yo me sentí muy orgullosa y aun hoy me comprendo en ese momento aunque esos cuentos ya no me gusten. Aunque hay uno o quizá dos que, en fin, bueno, me parece que tan malos no son como primer intento.

2. ¿Cuál fue el clima intelectual de su casa y su infancia? ¿Se apoyó o se desalentó su inclinación literaria? Escuela, educación formal e informal en la adolescencia, los grupos y las amistades literarias; autores decisivos en su formación literaria ¿Recuerda algo que pudiera denominarse 'episodio de iniciación literaria'?

Vamos bien, ¿no? Sigamos con la segunda pregunta. ¿Clima intelectual de mi casa y de mi infancia? ¿Apoyo, aliento, educación, grupos, autores decisivos y todo eso? El clima de mi casa era precisa-

mente ése, intelectual. Crecí entre libros. Antes de saber leer hojeaba los libros de arte de la colección "Les Peintres Illustres" y distinguía a Goya y a Rubens y a Corot y a Claude Lorrain. A mi casa iban escritores y pintores y músicos y cuando yo era muy chica me parecían todos extraordinarios, maravillosos y sapientísimos. Cuando llegué a la adolescencia me parecieron unos idiotas. Hoy aclaro que los había de ambos pelajes. Guardo libros que me dedicaron autores importantes y otros que no lo fueron tanto, como recuerdo de esos días estimulantes. Pero la presencia de los libros y la lectura frenética que empezó a los cinco años y que aun continúa, fueron el detonante. Leí todo, absolutamente todo, basuras y obras de arte, libros prescindibles y libros fundamentales, historietas, filosofía, novelas de terror, policiales, clásicos, poesía, teatro, ensayos, narrativa, lo que viniera. Todo lo que fuera letra impresa era bienvenido, hasta el libro de lectura del colegio. Y me resultó muy saludable. Por eso hoy, cuando alguien me pide "un plan de lecturas", no sé hacerlo. O no quiero hacerlo, Andá a una biblioteca, le digo a ese alguien, buscá algo que te parezca que te va a gustar y empezá a leerlo. Si te gusta, perfecto, cuando lo termines podés empezar con otro. Si no te gusta, dejalo, aunque se trate de un escritor respetabilísimo y renombradísimo; dejalo, tenés que empezar por aprender el placer de leer.

En cuanto a si me apoyaron o no, a si me alentaron o no, ni lo uno ni lo otro porque nadie supo jamás que yo quería escribir y nadie supo de mis secretos intentos. Dije antes que tenía vergüenza, y la tenía porque mi madre escribía. Largo la cosa así, solita y descarnada, para que se refocilen los

psicologizantes. Mi madre escribía y hasta editaba sus libros. Entonces yo no escribía, o escribía y guardaba, y rodeaba todo eso de silencio.

Pero hubo gente que me alentó, claro que sí. Me alentaron señoras y señores a los que yo frecuentaba muy asiduamente, lo cual significa mañana, tarde y noche, todos los días. Un tal Roberto Arlt, un señor Jorge Luis Borges, otro que se llamaba Franz Kafka, y otros como Jean Paul Sartre, Nizan, Simone de Beauvoir, Eurípides, Boris Vian, Nicholas Blake, Edgar Allan Poe, don Luis de Góngora y Argote, la señora de Sevigné, Gilbert Keith Chesterton, don Miguel (el de Cervantes), don Miguel (¿por qué nadie lee a Eça de Queiroz?), Henry Miller, Pío Baroja, Ernest Hemingway, Raymond Chandler, Aldous Huxley, André Breton, Fiodor Dostoiewsky, novelistas "pour jeunes filles", Balzac, Benito Pérez Galdós (sí, ¿que hay?), Jean Cocteau y tantos otros; y last but not least. Flah Gordon y Mandrake el Mago. ¿Se me permite estampar aquí una frase célebre? Ahí va: Quien no ha leído historietas no sabe lo que es largarle las riendas a la imaginación.

En lo que respecta a estudios, primero tuve profesoras en mi casa cosa que era deprimente, y se me debe haber notado porque finalmente me mandaron a la Escuela Normal n° 2 de Profesores Juan María Gutiérrez, Rosario, primaria y secundaria hasta recibirme de maestra que maldito para lo que me sirvió y nadie esperaba que yo trabajara como maestra lo cual es una suerte porque no tengo vocación de enseñante y al primer crío que me dice señorita no entiendo, lo estrangulo. También estudié inglés y aprendí sola a escribir a máquina a los diez años,

y fui a clases de danza y todas esas estupideces que les enseñan a las nenas cuestión de lanzarlas al mercado provistas de una idiotez lo más elocuente posible. Después fui a la Facultad de Filosofía y Letras y dejé en tercer o cuarto año.

No tuve amigos en mi infancia ni en mi adolescencia. En compensación hoy los tengo a montones.

No recuerdo nada que pueda llamarse "episodio de iniciación literaria" como no sea yo a los trece años leyendo a Kafka y diciéndome a mí misma que ese señor era colega mío (no yo colega de él, adviértase la omnipotencia) (tema sobre el cual hablaremos más abajo).

3. ¿Cómo trabaja? ¿Hace planes, esquemas? ¿Lee a otros autores en los períodos en que está trabajando en una obra propia? ¿Cuándo y cómo corrige? ¿Lee alguien sus textos antes de que ingresen en el proceso de publicación? ¿Escribe de manera regular o por épocas?

Sigamos que esto se está poniendo interesante. Digo, porque yo me estoy divirtiendo muchísimo y lamentaría que ustedes se estuvieran aburriendo como sapos después que pasó el avión fumigador. ¿Que cómo trabajo? Como puedo, créanme, como puedo. Tengo un marido, tres hijos, una casa, un jardín, una gata, un perro y un empleo, ¿cómo quieren que trabaje? También tengo mi cuarto propio, que es por supuesto la habitación más bella de los cinco continentes, en donde paso todo el tiempo que puedo escribiendo, sobre todo a la mañana porque a la tarde voy al empleo, con pausas del tipo de "señora el lavarropas no arranca", "ay tengo que ir al supermercado", "mamá dónde está mi remera celeste", etc., descon-

solados etc. Pero trabajo; todos los días, tenga o no tenga ganas y aunque sea diez minutos. Se me ocurre (a uno se le imponen dice Borges y tiene razón) tantas cosas que no me van a alcanzar diez vidas para escribirlas. Ando por ahí con un cuaderno. Anoto todo. A veces me saboteo: me explico a mí misma que no, por hoy no voy a poder escribir porque tengo que hacer esto y eso otro y lo de más allá; doy vueltas, voy y vengo, hasta que me vapuleo y me siento y hago algo.

Generalmente hago un plan, un esquema muy precario, diez líneas a lo sumo, y siguiendo más o menos eso, escribo. Escribo a lápiz (lápices de dibujo, de mina muy blando), borro, no tacho ni corrijo sobre lo ya escrito: y hago tres versiones de un cuento, copiando de la anterior y modificándola. Y la cuarta versión va a máquina. No me gusta la máquina de escribir; soy preindustrial: no me gustan las máquinas, ninguna. Uso la de escribir, pero siento que el lápiz es más amigable, más íntimo, más obediente. Uso la aspiradora, pero la escoba es más fiel y con ella nos comprendemos mejor. Uso la batidora, pero el tenedor me dice con mayor claridad cómo va la crema o la pasta para la torta.

No leo casi a otros autores cuando estoy trabajando en algo mío: tengo necesidad de leerme a mí misma. Suspendo todo y leo historietas, eso sí.

Mi marido lee todo lo que escribo y yo le ando alrededor para ver qué cara pone. Cuando termina deja caer con su laconismo gatuno cosas como: "Pssé, no está mal", que traducidas quieren decir que está muy bien. A veces algún amigo. A veces me hacen observaciones. Nunca le hago caso a nadie. Yo creo saber cuándo la cosa está bien y cuándo está mal.



Presentación de Cuentos con soldados por Nicolás Rosa en la Librería Ross (Rosario, 21 de diciembre de 1965). Gentileza A. Gorodischer



Angélica Gorodischer con Alma Maritano en una lectura de cuentos en el Centro Cultural Bernardino Rivadavia. Rosario, setiembre de 1980. Gentileza A. Gorodischer



Angélica Gorodischer con Nicolás Rosa, Juan Carlos Martini y otros integrantes de la revista Setecientosmonos, en la

presentación de Selección de cuentos realizada en la librería Ross de Rosario. Gentileza A. Gorodischer



Angélica Gorodischer en la entrega del Premio Club del Orden en Santa Fe, 18 de diciembre de 1965. Gentileza A. Gorodischer

Omnipotencia pura, y, sí, pero omnipotencia operativa. Y confieso que también soy obsesiva. Es que, ¿cómo se puede largar uno a escribir si no tiene sus buenas dosis de obsesividad y omnipotencia?

4. Se dice que todo escritor tiene sus temas, constantes que definen su obra, ¿cómo definiría usted los suyos?

Sobre mis temas no sé si puedo decir algo concreto. Por suerte, soy una persona distinta cada día. No sé si mejor o peor, pero nueva, diferente. Cada día agrego o quito algo a "ese núcleo intacto, absolutamente solitario, perfectamente libre que es uno mismo" (Marie Cardinal. A la que recién descubro aun cuando sabía desde hace mucho de su existencia, porque les tengo desconfianza a las escritoras alabadas por "Le Monde"), de modo que me han interesado sucesivamente muchos temas. Empecé haciendo cuentos realistas; descubrí la ciencia-ficción, la escribí; descubrí la fantasía y la escribí; descubrí el feminismo y escribí sobre mujeres; descubrí el humor y lo apliqué. Básicamente, lo que me interesa es el ordenamiento del universo. ¿Que eso es muy vago? Qué gracia, yo lo sé. Pero eso es eso, no lo puedo remediar.

5. ¿Cuál sería, a su juicio, el lector ideal de su obra?

¿Cómo es eso del lector ideal? ¿Que cómo sería el lector ideal de lo que yo escribo? Ah, no sé. Todos los lectores potenciales son lectores ideales. Como dice Jorge Isaías, "yo quiero que me lean hasta las piedras". Claro que sí, a mí me gustaría que me leyera todo el mundo; y al mismo tiempo sé que a la gente no le interesa mucho lo que escribo. Curiosamen-

te eso no me inquieta. Me inquietaría empezar a escribir para interesar, para gustar, para atraer. Queda dicho que escribo lo que se me da la realísima gana y que lo hago con mucha felicidad. Sí, con felicidad, aunque ésa sea una palabra muy grande.

6. ¿Con qué interés lee lo que la crítica dice sobre sus obras? ¿Cuáles son las modalidades críticas a las que usted escucha con mayor interés? ¿Cuáles son los medios que las difunden? ¿Qué relación se establece (si es que se establece alguna) entre consagración crítica, éxito de público y calidad literaria?

Con la pregunta siguiente me siento un poco incómoda (¿Con qué interés lee lo que la crítica dice sobre sus obras? ¿Cuáles son las modalidades críticas a las que usted escucha con mayor interés? ¿Cuáles son los medios que las difunden? ¿Qué relación se establece —si es que se establece alguna— entre consagración crítica, éxito de público y calidad literaria?) porque con relación a la crítica oscilo entre la indiferencia y el asombrado respeto. Simple ignorancia de mi parte, supongo. Pero como no estoy dispuesta a dejar pasar una pregunta que tiene sabor a inevitable, trato de contestarla:

Leo con enorme interés todo lo que se diga por ahí sobre lo que escribo, se trate de algo muy serio o de una chantada insigne. que ambas cosas le llegan a uno. A uno le gusta además que le digan que hizo muy bien eso que hizo, y a mí siempre me lo han dicho (salvo una vez con uno de mis primeros libros) en todos los comentarios que se publicaron. Más me alegra porque casi nunca conozco a las gentes que firman

esas notas, así que puedo suponer que han opinado sin parcialidad.

Disculpen, pero no sé lo que son las “modalidades críticas”, ignoro los vericuetos de la crítica literaria. ¿Lo que se publica en las hojas literarias de los diarios por un lado, en las revistas especializadas por otro, y aun en eso que se llama revistas de actualidad por un tercero? Si es eso, no escucho nada. Oigo, pero no escucho. Oigo y me alegro porque como les dije, siempre han sido muy benévolos conmigo en todas partes. Pero lo que les quiero decir es que la crítica, sea cual fuere, no modifica en nada lo que yo pienso, lo que yo siento, la actitud que tengo frente a eso que he escrito yo. Si un crítico o un comentarista me dice que por qué no abandono la literatura y me dedico al bordado en realce, no por eso pienso que es un bruto que no entendió nada, pero tampoco le creo una palabra ni salgo con la cabeza gacha a comprar hilos de colores y un bastidor. Si algún otro me dice que soy un genio y que mis libros son magistrales, y bien, me alegra más que lo otro, pero otra vez, no le creo una palabra ni me subo al pedestal. Aparte de que los pedestales deben ser incomodísimos. Esto nos llevaría a sesudas reflexiones acerca de para qué sirve la crítica. En el caso del autor por lo que les acabo de decir, y en el caso del lector que necesita una guía tampoco porque como lectora nunca me hicieron falta las visitas guiadas, siento comunicarles que no lo sé. Y como creo que se han escrito imponentes tratados sobre la crítica, algunos diciendo que no se puede vivir sin ella y otros asegurando que hay que tirarla a la basura, me parece que no soy la única que no lo sabe, y eso me reconforta aunque concedo que no nos resuelve el problema.

Tampoco sé (¡hay tantas cosas

que no sé!) si hay relación entre consagración crítica, éxito de público y calidad literaria. Diría que la hay, en el caso de *Cien años de soledad* o de *Rayuela* o de *La casa verde*. Pero diría que no la hay, como en el caso de Felisberto Hernández, en quien son indudables la calidad literaria y la consagración crítica y a quien el público no lee. Sí, leemos los que somos lectores de toda la vida, pero la señora que va ocasionalmente a comprar un best seller no se va a dejar tentar por *Las Hortensias* por más que haya leído en un prestigioso matutino o más improbable en una revista femenina que Felisberto Hernández escribe como los dioses, ¿estamos? Y al revés. hay autores con gran éxito de público que escriben unos engendros irrecuperables, y a veces la crítica los despelleja justicieramente pero otras veces dice que tan malos no son y que como entretenimiento pueden pasar, y así la gente llega a creer que eso es literatura.

Si la escuela les enseñara a los chicos desde el principio a alcanzar el placer de la lectura del que les hablé antes, la cosa sería distinta. Porque si alguien que ha conocido todo el espectro, que ha tenido acceso a *El Gráfico* y *Vosotros* pero también a los grandes autores, un acceso entusiastamente provocado, me dice que entre Corín Tellado y Chejov se queda con Corín Tellado, y bueno, todo el mundo tiene derecho a elegir lo que le gusta y dedicarse a eso. Pero cuando las opciones son más limitadas o no las hay, y todo lo que el chico ve se reduce al renglón bazofia y se le muestra la literatura como una disciplina aburrida en la que lo más importante es saber la fecha de nacimiento de Cervantes y hacer resúmenes de plumazos que ellos no saben lo que quieren decir, no le

podemos pedir a nadie que cuando vaya a la librería de la otra cuadra lo compre a Proust y deje en el estante a Harold Robbins. Sospecho que me he ido por las ramas, pero me importaba decir eso que por otra parte no es ningún descubrimiento espectacular.

7. ¿En relación con qué autores argentinos o extranjeros piensa usted su propia obra?

¿Por dónde íbamos? Por la pregunta número siete. ¿En relación con qué autores argentinos o extranjeros piensa usted su propia obra? Hace poco me hicieron la misma pregunta y mucho me temo que me voy a repetir. No hay nadie que no tenga sus raíces en esto de escribir, y a mí no me molesta reconocer influencias o parecidos; o como dijo sabiamente Juan Grela: "¿Por qué va a querer uno ocultar a sus papás?"

Lo que yo escribo es levemente atípico, ¿no? Por lo menos en estos años y en estos lares. Para no pecar de pretenciosa voy a recurrir a Elvio Gandolfo, quien en el prólogo a una antología de cuentos fantásticos argentinos (*Los universos vislumbrados*, Ed. Andrómeda, 1978) relaciona a Tralfagar Medrano con el Padre Carmory de Philip José Farmer. Créame, Gandolfo, que me siento muy honrada por la comparación, y que me inclino a estar en parte de acuerdo con usted, en parte. Yo he pensado más bien en Philip K. Dick cuando se trata del tiempo y de sus alucinaciones y contradicciones, y de los monstruos, y de la manera de tomar un problema de interioridad y atacarlo concretamente, sin mediatizarlo en un personaje. Y en mis últimos cuentos (los de *Kalpa Imperial*, inédito), en Ursula K. Le Guin y en Anne Mac Caffrey. Por cierto que ahí atrás andan las sombras de Lord Dunsany y de Jan Potocki.

¿Y los autores argentinos? Pienso automáticamente en Borges, no sólo porque el gran viejo es el papá de tantos narradores, no solo porque el deslumbramiento que me causó fue tan enceguedor (no, al revés: éstos son deslumbramientos que abren los ojos) como los que me provocaron Dunsany o Poe, sino también porque en esa línea se inscriben, o yo aspiro a que se inscriban mis cuentos. Pavada de aspiración la mía, pero siempre hay que mirar para arriba, por eso lo digo. Y pienso en los climas de los cuentos fantásticos de Bioy Casares; y también en Roberto Arlt, aunque parece un disparate, porque Arlt me dio una buena paliza y me enseñó a prescindir del palabrerío "literario", a contar y no a explicar.

8. ¿Cuáles son las cualidades más importantes en un escritor? ¿Cuáles son los escritores argentinos o extranjeros que, en su opinión, responden a este modelo?

Animo, que ya estamos llegando al final. Quizá no tanto pero vamos por la penúltima, ésa que pregunta sobre las cualidades más importantes de un escritor y sobre los escritores que las ostentan.

Talento y capacidad de trabajo, mucho de las dos cosas. Cinco sentidos bien alertas, bien abiertos y agudos para ir almacenando el mundo allá adentro, o como decía don Jacobo Glantz, "Cuanto más vas a escupir". Humildad. Amor por las criaturas del mundo y por las criaturas de la literatura.

Además hay que estar loco, aunque sea un poco.

Los escritores que responden a este modelo imperfecto, incompleto y arbitrario, son todos éstos a los que yo amo y he nombrado antes. Me temo que no soy objetiva, ¿quién puede serlo de veras? Y me temo que no he nombrado a todos

los que amo y admiro porque en las preguntas anteriores no venían al caso, pero aprovecho ahora y hablo de Griselda Gambaro a quien todo el mundo conoce, y de Hugo Padeletti a quien muy poca gente conoce. Y para seguir con mis temores, seguramente habrá escritores argentinos a los que no he frecuentado como se debe y que merecerían ser citados como verdaderos modelos.

9. ¿Vive usted de la literatura? ¿Qué otras actividades realiza o ha realizado?

Ahora, la última pregunta, ¿es en serio? ¿Seguro que no es una broma? ¿Vivir de la literatura? Hubiera sido morir de la literatura.

Acá no hay escritores profesionales (o hay dos o tres, y hay dos o tres que tienen fortuna personal), esa gente que en otros países vive efectivamente de lo que escribe porque le pagan lo que escribe.

Acá el escritor es un sospechoso y sólo deja de serlo cuando se muere o cuando lo traducen a diecisiete idiomas y alguien hace una película o dos con sus cuentos o novelas. Pero como no le pasan esas cosas, si es posible todas juntas, el escritor, por respetado que sea entre sus pares, es en el mejor de los casos un tipo raro sin profesión u oficio serios, que se ha casado varias veces o tiene aventuras escandalosas y si no lo son es porque el tipo es discreto, que seguro que se droga, que vaya uno a saber si no es homosexual, que se prende a la máquina de escribir cuando la gente que trabaja está durmiendo, que si es hombre tiene barba y si es mujer no va nunca a la peluquería, que tiene amigos extrañísimos que entran y salen a cualquier hora, y que ojalá se mudara porque en el consorcio no queremos gente de esa clase.

Remitirse por favor a lo que dije

más arriba sobre enseñar desde los primeros grados el placer de la lectura. Uno no execra a la gente que le ha proporcionado esa felicidad, al contrario.

Junto a todo eso hay que ver que económicamente el escritor es el último orejón del tarro. El diez por ciento del precio de tapa, vamos. Y eso, cuando se lo pagan.

Total, ¿para qué le vamos a pagar? Escribir no es como hacer planos o vender zapatos o fabricar bulones o curar gente, ¿no?

El escritor es un señor o una señora que se sienta a su escritorio de palo de rosa con incrustaciones de nácar rodeado por sus libros encuadernados, frente a la ventana que da al jardín lleno de rododendros, y espera a que bajen las Musas envueltas en vaporosas gasas y le dicten suavemente al oído mientras flota en el ambiente el perfume del incienso y la música de Debussy (o de Wagner, según el caso). O es un chiflado (una chiflada), bohemio, que no tiene domicilio fijo ni horarios ni nada y que más vale sacárselo pronto de encima. En cualquier caso tienen que estar agradecidos de que se los publique, y no andar reclamando pagos ni rendiciones de cuentas.

(Admito que todo esto es una exageración de cosas que pasan cada vez menos, pero confiesen ustedes que hay algo de razón).

Como les dije, tengo un empleo. Desde hace largos años soy bibliotecaria y traductora en un centro médico. Trabajo intelectualmente estimulante pero que me roba horas a la escritura. A muchos les pasa, a muchos les ha pasado; cosa que no es ningún consuelo, que no explica ni justifica nada, y que de algún modo habría que arreglar.

Y ahora sí, llegamos al final y yo les agradezco las preguntas que me han hecho.

Bibliografía *

Cuentos con soldados (cuentos), Buenos Aires, Ed. Club del Orden/Colmegna, 1965.

Opus dos (novela), Buenos Aires, Ed. Minotauro, 1967.

Las pelucas (cuentos), Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1968.

Bajo las jubeas en flor (cuentos) Buenos Aires, Ed. de la Flor, 1973.

Casta luna electrónica (cuentos), Buenos Aires, Ed. Andrómeda, 1977.

Trafalgar (cuentos), Buenos Aires, Ed. El Cid, 1979.

Inéditos

Kalpa Imperial, novela.

Mala noche y parir hembra, cuentos.

Sus pompas y sus obras, novela.

Cuentos en antologías:

"Querido, Querido Diario" en *Selección de cuentistas argentinos*, Buenos Aires, Ed. Hoy en la Cultura, 1966.

"Jano en Capri" en *La Mujer*, Buenos Aires, Ed. Jorge Alvarez, 1966.

"La morada del hombre" en *Los argentinos en la luna*, Buenos Aires, Ed. de la Flor, 1968.

"Retrato del Emperador" en *Los cuentistas de Rosario*, Rosario, Ed. La Cachimba, Rosario, 1975.

"Los embriones del violeta" en *Los universos vislumbrados*, Buenos Aires, Ed. Andrómeda, 1978.

"Det Violettas Fruker", que viene a ser "Los Embriones del Vio-

leta", claro en *Det Nödvändigaste*, antología sueca de cuentos fantásticos compilada por Bernard Goorden.

"Flavius Josephé Revu et Corrigé" en *Odysée*, Bruselas, 1978.

"La espada en llamas" en *Fénix 2*, Ed. Adiax, 1979.

"Propósitos matinales bajo las frondas" en *Cuentos fantásticos e inquietantes*, Buenos Aires, Grupo Editor de Buenos Aires, 1980.

Se publicaron cuentos míos en: *Voces* (Rosario); *La Nación* (Bs. As.); *Setecientosmonos* (Rosario); *El Litoral* (Santa Fe); *Ensayo Cultural* (Bs. As.); *Primera Plana* (Bs. As.); *La Voz del Interior* (Córdoba); *Boom* (Rosario); *Nueva Dimensión* (Barcelona); *Zikkurat* (Barcelona); *Clarín* (Bs. As.); *La Opinión* (Bs. As.); *El Lagrimal Trifurca* (Rosario); *El Cronista* (Bs. As.); *Ides et Autres* (Bruselas); una revista de México que no me acuerdo cómo se llamaba, no, dos revistas distintas, bueno, no tiene mayor importancia; *La Tribuna* (Rosario); *Convicción* (Bs. As.); *Vigencia* (Bs. As.).

Además conferencias, charlas, mesas redondas, lecturas públicas de cuentos, jurado en concursos, invitada al congreso de escritores el año pasado en México y en 1978 al de editores y escritores de narrativa fantástica en Bélgica, charlas por radio (una audición que duró dos años y que se llamaba *Tres en la noche* por Radio Nacional), todas esas cosas.